
Legitimidad y elecciones en la Frontera Sur: el caso de Chiapas

Erwin Rodríguez*

Hablar de procesos electorales en el país, con posterioridad al 6 de julio, es entrar a un terreno jalonoso, en donde las posibilidades de caer en los lugares comunes y las visiones prejuiciadas son relativamente mayores. Más riesgoso es, por lo demás, hacer referencias a las elecciones en la frontera sur, un espacio en donde las contradicciones sociales son susceptibles de detectarse aún a simple vista.

Hay dos características de las elecciones en la frontera sur, específicamente en Chiapas, que se pueden considerar como denominador común en todo el país. Por una parte, existe una alta proporción de abstencionismo y, por otra, una cada vez menor confiabilidad en las cifras electorales.

En Chiapas el índice de abstención fue del orden del 40 por ciento, lo cual supera con mucho las proporciones anteriores; en tanto, los porcentajes a favor del Partido Revolucionario Institucional fueron del 74 por ciento. Cabe señalar que estas son cifras preliminares y se toman en cuenta, para las estimaciones, las cifras dadas por los partidos políticos opositores.

En la frontera sur también es importante destacar dos factores decisivos en cualquier examen. En primer término, Chiapas fue la entidad que dio mayor votación al PRI en las elecciones federales de julio. En segundo, se trata de un espacio geográfico abiertamente estratégico, en donde la legitimidad del sistema se hace relativamente más necesaria.

No se puede hacer tabla rasa de la condición fronteriza con una de las regiones más violentas

del planeta, ni mucho menos de sus abundantes recursos que la convierten en la reserva nacional por excelencia.

En este marco, en lugar de saturar el análisis con cifras más o menos discutibles, se requiere revisar algunas líneas básicas en las tendencias sociales y sus implicaciones inmediatas en el proceso electoral. Los resultados, como es de suponerse, no son espectaculares; pero pueden llevarnos a un plano definido en la comprensión de la frontera sur.

En Chiapas, las elecciones de los municipios son más importantes que las de nivel federal o las de representación para los poderes legislativos nacionales y locales. La autoridad municipal para los chiapanecos es real y físicamente cercana, en tanto, la presidencia de la República es una abstracción más o menos inofensiva.

En la vida cotidiana de las poblaciones rurales, las autoridades de los ayuntamientos se encargan de atender las necesidades reales y de resolver los problemas más frecuentes. La autoridad federal, por la propia inercia de los abandonos históricos, aún es considerada en Chiapas como una instancia inalcanzable.

Para el ciudadano medio de Chiapas son los alcaldes, los regidores, los jueces y aún los policías del municipio con quienes tendrá que vérselas durante tres años. Ellos hacen los bienes y los males; en tanto que, por ejemplo, el presidente de la República es una entidad poderosa, pero sin ninguna relación con su vida diaria, con el corto plazo, que es la mayor preocupación de los pueblos que lindan con la sobrevivencia.

Consecuentemente, en las elecciones federales la inercia fue un factor muy importante en el mes de julio y los resultados favorables al PRI se expli-

* Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencia Política de la FCPyS.

can ampliamente. Los ciudadanos consideran, por lo menos hasta ahora, innecesario buscarse nuevos problemas y siguen al pie de la letra las instrucciones de las autoridades locales. Es un tanto el consenso de lo desconocido, pero consenso al fin y al cabo.

Desde luego, esa aceptación hacia un poder lejano no se da en el caso de los municipios. Al ser una realidad próxima, las fuerzas que se disputan el poder también son más cercanas y más iguales. Es posible, por lo tanto, competir y hasta ganar el poder por los caminos de las elecciones y esa posibilidad configura el principal atractivo.

El mayor número de fuerzas en competencia hace que se dé una mayor participación y los recursos se diversifiquen. En las elecciones locales se da un ascenso casi automático de la corrupción y de la violencia; imposibles de concebir como indispensables en otras confrontaciones electorales.

A nivel local, los mecanismos de control siguen vigentes. En las elecciones de los municipios estas fuerzas se ponen en juego y las contradicciones políticas salen a relucir. El poder caciquil que se legitima hacia afuera en el proceso federal, tiene que legitimarse localmente sin el apoyo de las instancias externas del poder.

Así, los poderes que en elecciones federales tienden a disciplinarse; en las luchas por los espacios municipales no se ven obligados a hacerlo y entran a una disputa real. La relativa unidad del sistema político nacional se ve menoscabada cuando se trata de las parcelas locales del poder y las diversas corrientes se manifiestan en las elecciones y las movilizaciones previas o posteriores.

En un breve recuento histórico, los partidos políticos de oposición, con la salvedad del PAN, han tenido poca presencia electoral en la entidad. El férreo control caciquil hacía muy difícil la presencia legal de los opositores, y el bajo nivel cultural de la población chiapaneca hacía el resto para neutralizar todo posible ascenso duradero de los partidos políticos.

El PAN, como en diversas entidades del país, hasta los años sesenta, fue una fuerza de bajo nivel y a menudo de presencias efímeras. Los panistas de Chiapas, hasta los inicios de la década pasada, fueron vistos por la ciudadanía como extraños personajes más identificados con la extravagancia que con la disidencia.

Es posible que el Partido Revolucionario Institucional haya caído en los extremos de la confianza en su propia durabilidad. Por ese motivo, se explica que en los años setenta el PAN creciera en algunas ciudades y, por contradicciones propias en el seno del partido en el poder, se abrió paso hacia el triunfo en la capital misma del estado.

El PAN alcanzó triunfos en los municipios de

Acalá, Arriaga, Huixtla y en el integrado por las comunidades indígenas de Zinacantán. En todos los casos, el sistema político estatal se encargó de hacerles administrativamente la vida imposible a los disidentes y, sobre todo, a las autoridades surgidas de las victorias panistas.

Estas represalias, a menudo poco discretas, tuvieron efectos casi mágicos no sólo en los municipios que se habían salido del control; sino también como lecciones a los potenciales rebeldes. El PAN, en consecuencia, comenzó a declinar hacia principios de la presente década.

Como es fácil de adivinar, el panismo no constituye en Chiapas una alternativa digna de seguirse ni para los trabajadores ni para los empresarios. Para los primeros, las propuestas panistas ni siquiera alcanzan el estatuto de las buenas intenciones y los segundos siempre han encontrado más favores y mejores protecciones dentro de la estructura priísta.

El PAN se nutre de las inconformidades contra el PRI en sus modalidades más penosas. Normalmente, los militantes del Partido Acción Nacional son priístas que no pudieron conseguir las nominaciones como candidatos y, a última hora, se pasaron al bando de los opositores. No hay, por ese motivo una consistencia ideológica que pudiera garantizar mínimamente la permanencia.

Sólo para dar un ejemplo de la afirmación anterior, el 65 por ciento de los candidatos a presidentes municipales del PAN en 1988, tuvo antecedentes priístas y de ellos el 55 por ciento había pretendido la candidatura en el PRI. Sólo el 25 por ciento restante tenía militancia en el PAN y el resto eran ciudadanos sin ninguna relación con las prácticas políticas.

La izquierda es indiscutiblemente la segunda fuerza política en el estado de Chiapas. Sin embargo, ese gran ascendiente no ha tenido, por lo menos hasta ahora, implicaciones electorales, debido al radicalismo de los grupos más representativos de esa corriente, que veían a las elecciones como formas de legitimación para el sistema y que, por lo tanto, no valía la pena desgastar sus recursos en ellas.

En la región de Venustiano Carranza, la Coordinadora Nacional Plan de Ayala tiene posibilidades para movilizar a una población superior a las 20 mil personas; esto es, a la gran mayoría de los habitantes. Sin embargo, el número de votos que recibió fue mínimo y en la mayor parte de los municipios de esa área de influencia ni siquiera presentó candidatos.

En Simojovel, las posibilidades de movilización de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos son múltiples. En los municipios de la zona, la izquierda ha puesto en acción a más

de 35 mil campesinos en varias ocasiones. Empero, sólo fue hasta 1988 cuando participaron electoralmente y su escasa experiencia fue un factor determinante para los resultados desfavorables.

En frontera Comalapa, otro bastión de las organizaciones campesinas ligadas a la izquierda, sus militantes decidieron participar en los procesos internos del PRI para seleccionar a sus candidatos y, desde luego, obtuvieron el triunfo. Sin embargo, debilitaron a la izquierda de los lugares vecinos y se enfrentan a un futuro lleno de interrogantes.

En Tapachula, se registró un avance sin precedentes en la oposición encabezada por el Frente Cardenista. Sin embargo, ésta no puede considerarse una victoria de la izquierda ni mucho menos. Es, ante todo, el de una disidencia regionalista en la que desempeñan un papel muy importante los partidos Auténtico de la Revolución Mexicana, el Popular Socialista y el sector privado inconforme ante los poderes del centro del estado.

La novedad electoral fue la aparición del Frente Cardenista. Contra todo lo que se suponía, la población campesina no se volcó hacia el cardenismo; tal vez por la poca importancia que el mismo general Cárdenas dio a las luchas campesinas de los indígenas chiapanecos. También es cierto que la imagen de Cárdenas es hábilmente manejada por el Partido Revolucionario Institucional. Hay, todavía, un cardenismo priísta.

Tal vez la izquierda recibió un fuerte revés en las elecciones municipales de este año. Como paradoja, el golpe no vino del PRI, sino de su propia dirigencia local, misma que no resistió las tentaciones de la oportunidad y abrió las puertas a candidatos disidentes poco recomendables. La mayor parte de ellos fugados del priísmo por razones de candidaturas no alcanzadas.

Uno de los factores más decisivos en la victoria priísta fue que sus dirigentes se vieron de pronto bajo los reflectores. El hecho de que la atención nacional estuviera, o al menos eso se suponía, concentrada en los acontecimientos políticos de "el estado más priísta del país", los llevó a hacer una selección más rigurosa de sus candidatos. No se trata de un mayor peso ideológico ni mucho menos.

Tampoco se puede hablar de que ese proceso electoral tan favorable al PRI, pese a las apariencias, pueda repetirse. En una visión de largo plazo, se puede decir que en Chiapas el sistema está realmente amenazado y no precisamente en los frentes electorales.

Chiapas es una de las áreas críticas de la formación social mexicana; pero esa realidad no ha tenido hasta hoy implicaciones electorales. Es una realidad mucho más compleja y el presente artículo sólo es un intento de aproximación que requiere de mayores esfuerzos en el futuro.